

UNO

José Alvarado (1911-1975) pertenece a esa estirpe de escritores, como Fernando Benítez y Rafael Solana, cuya obra literaria parece haber sido eclipsada por el ejercicio del reportero, el columnista y el editorialista que cotidianamente se fatigaban en las mesas de redacción y fumaban y bebían café en los talleres mientras esperaban las pruebas para dar el *tírese*. En el caso de José Alvarado, este hecho se justifica si consideramos que su obra periodística¹ es mucho más vasta que la literatura recogida en libros. Alvarado publicó *Memorias de un espejo* (1953), *El personaje* (1955) y *El retrato muerto* (1965), mientras que, en 1977, la UNAM dio a la stampa *Cuentos*. En el prólogo a la edición póstuma —“Pasos hasta la narrativa de José Alvarado”—, dice Ricardo Cortés Tamayo: “Estos relatos Pepe los fue haciendo con el tiempo, los fue reuniendo, algunos fueron publicados en periódicos

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ A la muerte de José Alvarado, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León recibió para su acervo los cinco mil volúmenes de su biblioteca y copias de diez mil artículos.

y revistas, los más quedaron inéditos; cada vez que él encontraba un descanso propicio revisaba sus escritos guardados, les hacía correcciones. Ahora el amor de Cándida, su devoción, los ha reunido en haz, sin desperdicio, porque no lo tienen; puso título a los muchos que no se publicaron...”

Mientras la cosecha literaria de Alvarado ha merecido la atención de algunos estudiosos, su trabajo periodístico es reconocido, pero pocas reflexiones se han hecho sobre él. Y a esta escasa valoración contribuyeron las actitudes de sus amigos que se empeñaron en poner la bohemia por encima de la dedicación, el cuidado y el talento que toda página literaria o periodística exigen. En un homenaje que le hicieron a Alvarado para recordar los diez años de su muerte, Renato Leduc dijo: “No puedo hablar de la literatura de Alvarado porque nunca hablamos de esas cosas: hablamos de pirujas y de cosas amables, porque a Pepe le encantaba el relajo; pero él trajo aquí un periodismo que ya no se usa, un periodismo semiliterario que Alvarado escribía con estilo muy agradable...”²

Estas palabras de Leduc sirven para destacar una característica primordial que Alvarado exigía a todo periodista verdadero: la alegría; sin ella la visión del mundo no será fresca, sino malhumorada, acartonada o biliosa. Pocas veces habló de periodismo literario, pero sus textos muy a menudo se orientaron hacia lo ético del oficio: despreciaba a los editorialistas que se jactaban de haber ganado más con lo que callaron que con lo que escribieron.

Reflexionó sobre poetas que hicieron periodismo, como Salvador Díaz Mirón, “hombre vil pero egregio poeta”, quien acu-

² Rafael Luviano, “José Alvarado todavía es taquillero después de 10 años de su muerte”, en *Excelsior*, 30 de septiembre de 1984, p. 4 de la sección cultural.

ñara el calificativo de gorila para los tiranos. Sí, porque Díaz Mirón, cuando Victoriano Huerta usurpó el poder a raíz del asesinato de Madero, en la dirección de *El Imparcial* le encontró aroma de gloria y, cuando Huerta huía por Veracruz, lo llamó gorila.

El periodismo, que quita la rigidez académica y los almidones del literato de oficio, le mereció —al celebrar los 40 años del periódico *El Porvenir* (enero de 1949), en donde hizo algunas de sus mejores armas el poeta colombiano Ricardo Arenales, luego conocido como Porfirio Barba Jacob— una declaración de amor:

Alguna vez, si la vida me deja, escribiré algunas cuartillas para narrar mis recuerdos de periodista. Debo a este oficio momentos de suprema belleza y gracias a la profesión, escogida desde la adolescencia y todavía con los libros bajo el brazo, he podido recorrer la mitad del mundo y tener entre mis amigos a hombres de todas las razas y de un gran número de lenguas. Ser periodista me ha permitido realizar algunos de los mejores sueños de mi juventud y conocer a varios de esos seres superiores de mi tiempo. Jamás, por otra parte, ha sido la amargura huésped dilatado de mi alma.

Dicen que quien huele una tinta de imprenta en los talleres mismos donde se hace un periódico, adquiere un hechizo que ya nunca lo dejará ser otra cosa que periodista [...] ¿Qué es un periodista? No es un hombre de letras, ni un político; pero lleva ambas cosas, unidas sin divorcio posible, en el árbol de la vocación y, la actividad de un periodista, cuando lo es de verdad, es al mismo tiempo una acción literaria y una actividad política; pero para desempeñarla con decoro son precisos el corazón tranquilo y las manos limpias. Quien carezca de ellos no será nunca un verdadero periodista, ni experimentará jamás el goce infinito de serlo...³

³ José Alvarado, *Luces de la ciudad*, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1978, p. 310.

DOS

Hagamos un breve balance de su trabajo literario.

Su ámbito narrativo está construido sobre la soledad de los hoteles de paso, las casas de huéspedes, los cuartuchos de vecindad, las calles nocturnas del viejo centro de la ciudad de México y de las cantinas que, con toda su algarabía, no son sino escandalosos refugios de los más extraños solitarios.

Pueblan esos tristes lugares una gama de personajes populares *flotantes*, al decir de Alvarado: organilleros, sopladores de vidrio, meseros, prostitutas, cirqueros, vagabundos, peluqueros, farmacéuticos, vendedores de huevos hervidos, pepitas y papas fritas, ofrecedores de toques eléctricos, músicos ciegos y santeros, entre otros. Aunque ellos paguen una pensión o una lavandera, siempre están de paso pues el destino, la tragedia, la fantasía o la locura, impiden que se arraiguen. Tal parece que la vida no es para ellos más que una mala pasada, que para estos seres, punto menos que patibularios, no hay sitio en el mundo.

José Alvarado fue maestro en el trazo de personajes y dejó algunos memorables (Lupe Tequila, don Federico, el soplador de vidrio). Cada uno de sus párrafos iba revelando al lector un detalle físico (una cabellera hirsuta, una mirada sucia o perversa), una conducta específica (el desamor implacable, resultado de “un corazón echado a perder”; las baladronadas de los ojerosos navegantes de las tabernas), un anhelo o un rencor (el deseo de tener un bautizo o al menos un velorio en casa). Y al final uno no podía menos que admirarse de la pericia con que Alvarado pintaba, rasgo por rasgo, a sus criaturas.

Aunque la mayoría de sus cuentos son de carácter realista, en algunos de ellos lo fantástico irrumpe no para alterar el orden de las cosas, sino para cuestionarlo, para decirnos que, aunque el mundo marcha de un modo determinado, esto no significa que

no pueda suceder lo contrario. Ahí está su magistral cuento “Después, como en las historias, comenzó a llover”, en el cual narra cómo Plácido sale, por la mañana, a su trabajo, y se da cuenta de que el tiempo marcha hacia atrás. Él salió retrasado y se encuentra con que llegó con mucha anterioridad ante el checador, y se empieza a hacer más y más temprano, hasta que se cruza con las prostitutas de la madrugada y luego con los ebrios de la media noche. Mientras Plácido piensa que aún no se han descubierto todas las leyes de la naturaleza, que quién sabe si cada determinado número de siglos, en un día preciso, la Tierra cambie de dirección al dar la vuelta al Sol y el sistema solar invierta su movimiento, la narración se termina porque empieza a llover. Tal parece que el relato quedó inconcluso, pero el hecho es que, si se hubiera resuelto, la lógica hubiese destruido el insólito juego temporal que plantea el texto. Además, el final de la narración deja al lector metido en los zapatos del desesperado protagonista.

Otros golpes que tienden a violentar la realidad los encontramos en “La búsqueda de la ciudad sin nombre” —aquí la urbe no tiene nombre, ni los hoteles, ni las cantinas, y los hombres no tienen apellido materno sino contraseñas, como Zacarías Turribiates, fracasado, Plácido Abdera, apacible tonto, José Revueltas, torturado—, y en “El acta de defunción”, donde un humilde fabricante de juguetes de vidrio hace creer a sus vecinos lo que él ha soñado: que tiene una hija bonita. Como don Federico no aguanta su soledad, al menos quiere tener un velorio en su casa e inventa que se murió su hija. Cuando la carroza llega para llevarse el féretro, se descubre que no había acta de defunción porque la muerta era una figura de cera.

En “El oficio de vivir”, otro de los magistrales relatos de José Alvarado, la respuesta a la esquiua condición de los seres humanos es la descabellada ilusión que desemboca en insania. Vemos a una lavandera que se refugia en una casa abandonada y

que, cuando la descubren rodeada de muñecas —muñecas en sillas, en cunas, en carritos y en pequeñas cunitas; un mundo de muñecas del tamaño de un niño de cinco años y muñecas más pequeñas en los brazos de aquéllas— sólo acierta a decir: “Son mis hijitas todas, más lindas que ninguna otra, más lindas y éstas no crecen, ni cambian ni se van...”

Para configurar el estilo realista de José Alvarado, no sólo son importantes sus abigarradas criaturas, sino también la ciudad vivida y soñada. La primera es concreta y abrumadora; la segunda humilde y fea, pero busca adquirir fama a costa de las más ridículas maniobras (como aquélla en la que un hombre compraba cadáveres a deudos paupérrimos, les ponía una corbata amarilla y les hundía un puñal en el corazón a fin de forjar una historia misteriosa, pues estaba seguro de que “las leyendas hacen a las ciudades”, y él quería que se supiese de su ciudad en otros ámbitos).

Para la creación de *su* ciudad de México, Alvarado recurrió a sitios reveladores donde se movían sus prostitutas y sus ciegos cacarizos: casas de huéspedes, tabernuchas de barrio, antros abyectos y cuartos de hotel, olorosos a tabaco viejo, con escupideras de peltre, pisos de duela pintada con congo y paredes siempre manchadas de humedad; la única luz que borra las tinieblas de estas habitaciones es el eterno foquito palúdico, que cuelga del techo como un ojo arrancado.

Si Xavier Villaurrutia y Efraín Huerta se ocuparon de la calle de San Juan de Letrán (en “Nocturno de los ángeles” y “Declaración del odio”, respectivamente), José Alvarado, noctámbulo por excelencia, no podía olvidarse de ella. En “Aparente paradoja”, nos entregó su testimonio:

San Juan de Letrán, por el contrario, es un río de sustancias humanas, de luces estremecidas y de heterogéneos comercios. Aquí mismo, bajo mi balcón y casi al alcance de mi mano una señora, Merceditas, frie en plena

banqueta unos tacos con hebras de barbacoa y salsa verde con queso; junto, inmediatamente junto, el compadre Remigio vende camisas y luego está el puesto de libros y periódicos de don Espiridión: los diarios con la descripción del sepelio del Rey Jorge VI y las ediciones con los poemas de Manuel M. Flores, más la última novela de pastas amarillas de Ágata Christie y, no crea usted, *La balada de la cárcel de Reading*, de Óscar Wilde. Más allá se venden organillos de boca, peines, boquillas y linternas. Macario, con una cicatriz de navaja en la mejilla y los ojos siempre húmedos vende cigarros y Raquel, azul el abrigo y dorada la cabellera, da vueltas y más vueltas fumando y dejando caer, de lejos en lejos, palabras plebeyas. Pasan doncellas indiferentes, ancianos ebrios, jóvenes solitarios, grupos, parejas, novios, familias y muchos, pero muchos, niños tristes.

A cada metro hay un foco, una antorcha, una lámpara, una llama y también un pregón, una blasfemia, una invitación, una risa. En el aire se mezclan olores de jugo de fruta, perfumes de mujeres, emanaciones de dorso sudoroso, tufo de fritura, aroma de ropa nueva y un tibio vapor de sensualidad en vigilia...⁴

En estos tristes espacios es en donde se mueven los personajes solitarios de Alvarado quienes, curiosamente, no tienen más compañía que dos elementos constantes en la narrativa de nuestro autor: los calendarios viejos, que evocan tiempos bulliciosos, y los retratos maltratados que casi siempre contienen rostros de personas muertas.

Un rasgo más de los cuentos de José Alvarado es su sabiduría vital, que nutre todos los relatos y se manifiesta en expresiones que de inmediato llevan al lector a tomar el lápiz y subrayar:

- a) La imaginación es amiga de la soledad.
- b) La miseria es mala consejera y el dinero buen alcahuete.
- c) Los mejores negocios son las cantinas y las boticas. La gente cree que en unas se curan los dolores del cuerpo y en otras los del alma, y deja los centavos en las dos.

⁴ José Alvarado, *Cuentos*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, p. 76.



La Presencia de los Otros
130 cms. de diámetro. Acrílico/tela

TRES

Reportero y corresponsal en todo el mundo, José Alvarado colaboró en *El Nacional*, *Excélsior*, *El Día*, *El Popular*, *Siempre*, *Revista de la Universidad de México*, *Barandal*, *Romance y Taller*. Como podemos apreciar, nuestro autor combinaba el diarismo con las páginas literarias. Nació con la Revolución y la vio morir, sin descuidar la crónica de sus protagonistas. Huitzilac lo conmovió tanto como la matanza de la Plaza de las Tres Culturas. Las protestas de alumnos y profesores universitarios le parecían justas y dignas de solidaridad. La misma mañana del 2 de octubre de 1968 celebraba, en las páginas de *Excélsior*, el ímpetu universitario y la sed de libertad. Si la ciudad de México —como en sus cuentos— es axial en su trabajo periodístico, aparece asociada a la fealdad, consecuencia de la contaminación, la explosión demográfica, el crecimiento desmesurado, las remodelaciones y la miseria. La ciudad capital, dirá Alvarado, es un espejo del país en donde conviven la opulencia de pocos y la miseria de muchos, las mansiones y los cuartuchos de vecindad. Sus artículos fueron dando cuenta de las novedades de la ciudad, desde la construcción del metro hasta las primeras inundaciones en ciudad Nezahualcóyotl, de la demolición de la Candelaria de los Patos y de la imponente permanencia del colegio de San Ildefonso.

La siguiente cita, por demás prolija, es una prueba de los momentos en que el trabajo periodístico de Alvarado alcanza vuelos artísticos, quizá debido a que trabaja con una de sus grandes pasiones, pero quizá, también, a que el tema de su artículo daba para la filigrana y la paradoja, la línea amorosa y la que refleja la sordidez, la evocación evanescente y el sobresalto del sórdido callejón:

Hay ciudades tristes y a un tiempo bellas; ciudades grises amadas por hombres de alma clara; ciudades sucias que ríen con su miseria. Y horrendas ciudades alegres.

También hay hombres con odio a las ciudades. No son campesinos, ni vinieron nunca de aldea o pequeño burgo. Nacieron sobre algún segundo piso: han crecido entre escaleras, sótanos, aparadores y avenidas. Conocieron desde niños olores de mueblería y perfumes de gran almacén de ropa y variedades.

Jugaron en césped de inmenso jardín público y poco ignoran acerca de mujeres con mala conducta. Los vio la noche bajo su multitud de lámparas. Han dormido en hoteles innobles y alguna tarde vieron hilera de chopos cubiertos de luz en la orilla de una banquetea. Viajan en automóvil, tranvía, ómnibus. Acuden a cafés; dialogan en tabernas. No han salido jamás de su ciudad, pero la odian. Y si fueran a otra, la odiarían igual.

Y no, no sufren hambre ni sienten soledad. No les huyen labios de mujer, ni les niega sonrisa el comerciante. Poseen alcoba cálida y camisa limpia. Nunca se suicidarán.

Hay, en cambio, otros hombres. Han comido a deshoras, un pedazo de pan en la calle. Caminaron en vano mucho tiempo por vías oscuras; sintieron sed sin encontrar mujer, ni sombra, ni amigo, ni vino. Muchas veces solos en medio de alegre y ciega multitud oyeron palabras amargas; su descanso fue en sórdidos lechos y se les pudo ver a las puertas de un hospital.

Y, sin embargo, aman a la ciudad.

La recorren lentamente.

Cruzan jardines, penetran en barrios. Una mirada a un patio, otra sobre un árbol viudo en acera de calle abandonada; otra más en muro lleno de cicatrices, un rótulo viejo o vestíbulo triste de teatro en derrota. Aquí una breve plaza los emociona; allá un portal empobrecido. Aman a la ciudad y, lejos, la recuerdan. A veces, en sus calles, la sueñan, la embellecen dentro de sus ojos y lloran en secreto lo que de ellas se muere.

¿Por qué?⁵

Muy a menudo se referirá a barrios específicos como la colonia Guerrero, Peralvillo, Tepito y Tacuba, que le servirán de contrapunto paradigmático al hablar de ciudades lejanas y de las partes bellas del Distrito Federal, como las colonias Roma y

⁵ José Alvarado, *Luces de la ciudad*. . . pp. 81 y 82.

Condesa. Muchos de sus artículos, como varios de sus cuentos, son resultado de una de sus pasiones: la del peatón que asoma a todos los barrios, a los hoteles de cinco estrellas en México y en el extranjero, a los templos y a los sitios de mala nota, a los mercados y a las cantinas que le regalaron una cirrosis. Y es preciso destacar esto último, porque si en todo el trabajo de Alvarado bulle la vida, ésta debía documentarse lo mismo en las embajadas que en los sitios de dudoso prestigio.

Pues bien, los personajes de su trabajo periodístico son los hombres célebres, los políticos y las más depauperadas prostitutas, los visitantes de los cafés de chinos y de los billares, coristas y músicos ciegos.

Otro de los vasos comunicantes entre su periodismo y su narrativa está en el interés por el retrato que informa y por el que divaga; por el que atiende la fama o la grandeza (José Gorostiza, Alfonso Reyes, Justo Sierra, Antonio Caso, José Revueltas, Julio Torri, Octavio Paz, Heriberto Frías, José Vasconcelos, Samuel Ramos, María Félix, Greta Garbo, y Cantinflas) y por el que sucumbe ante la atracción de pequeñas biografías de personajes que resultan atractivos porque bien podrían ser personajes literarios. Es así como encontramos a Porfirio Barba Jacob viviendo en cuartos miserables, en hoteles de prostitutas (por las calles de Pensador Mexicano, Aranda, Ayuntamiento) donde recibía vagos, escritores en ciernes, borrachines, “una bailarina obscena, jóvenes corrompidos, seres desvergonzados y toxicómanos.” Nos topamos, además, con Miguel Othón Robledo, un albañil que frecuentaba “las piqueras de los callejones perpendiculares a las calles de Palma” y cuyos versos eran declamados entre corrillos de estudiantes, parroquianos de tabernas y muchachas de mala vida. Una madrugada lo levantaron, víctima del alcoholismo, de una acera de Dos de abril, calleja en la que bebía licor barato con mendigos que bailaban al compás de una sinfonola

insomne. Dice José Alvarado que quizá no se trataba de un verdadero poeta, pero el tipo luchó por serlo, buscó las fórmulas de la belleza en los más tristes lugares y sufrió por ello: “El peor de los errores sería publicar, a fuer de noticia erudita, los versos defectuosos de Miguel Othón Robledo, sobre todo si se han perdido los mejores. Nadie gana con disminuir la leyenda de un hombre”.⁶

En sus textos periodísticos, el regiomontano se refirió explícitamente a los nexos entre periodismo y arte literario. Él no reconocía diferencias, pero el lector de hoy sí puede advertirlas porque, pasada la temperatura que dio origen a los artículos, queda la limpidez del lenguaje, la fortuna de los tropos, lo sorprendente de las ideas y el modo inusual en que se expresan. Escribió Alvarado:

La novela, según ha declarado Irving Wallace a Fausto Fernández Ponte, no es literatura sino periodismo. Tal afirmación renueva algunas preguntas un poco viejas: ¿es el periodismo un género literario? ; ¿es la literatura un modo periodístico? ; ¿somos los periodistas escritores de una clase menor? ; ¿el de reportero es un oficio con rumbo al de hacer novelas? ; ¿el comentario de un hecho puede ser el embrión de un ensayo?

Muchos de los libros de Alfonso Reyes, por ejemplo, son colecciones de escritos redactados para los periódicos; el primer volumen de prosa de Jorge Luis Borges nació en la redacción de un diario. Toda *La comedia humana* de Balzac no es sino una inmensa, abigarrada, deslumbrante crónica de la vida francesa de su tiempo e igual puede señalarse de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, o *Los hombres de buena voluntad*, de Jules Romains.

Hay, naturalmente, periodismo de fina calidad literaria y en ello hay maestros franceses, italianos, ingleses, norte e iberoamericanos. Y existe literatura tan mala como el peor de los periodismos (...) En verdad la literatura y el periodismo no se han excluido nunca. Un buen ejemplo de ello entre nosotros es el *Tomóchic*, de Heriberto Frias.⁷

⁶ José Alvarado, *Tiempo guardado*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas), 1976, p. 69.

⁷ José Alvarado, *Luces de la ciudad...*, pp. 279-280.

Como es natural en una obra extensa y marcada siempre por la premura, Alvarado logró textos débiles y excelentes, pero lo que siempre encuentra el lector es la voluntad artística, como en “El bolillo escéptico”. Aquí, un bolillo de blandas entrañas recibe los desaires amorosos de conchas y campechanas que se entregan a crapulosos pasteles divorciados de chilindrinas. El espíritu del bolillo sólo se levantará cuando se entere de que, contra los sufrimientos y carencias del pueblo, ha subido de precio. Como vemos, todo un drama de amor de amasijo para destacar que el pan de los humildes había subido de precio.

En conclusión, si la calidad y la naturaleza de sus textos, además de sus declaraciones explícitas, hacen que el trabajo de José Alvarado oscile entre el texto literario plenamente logrado y el artículo informativo, el obituario y la página no siempre feliz, la edición de sus libros póstumos, al ser una miscelánea de textos literarios y biografías informativas, mantienen la imagen ambigua del autor de *Escritos* (FCE, 1976) y *Visiones mexicanas* (Lecturas mexicanas, 1985).

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO, José, *Cuentos*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.
- , *Tiempo guardado*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas), 1976.
- , *Luces de la ciudad*, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1978.

HEMEROGRAFÍA

LUVIANO, Rafael, José Alvarado todavía es taquillero después de 10 años de su muerte”, en *Excelsior*, 30 de septiembre de 1984, p. 4 de la sección cultural.